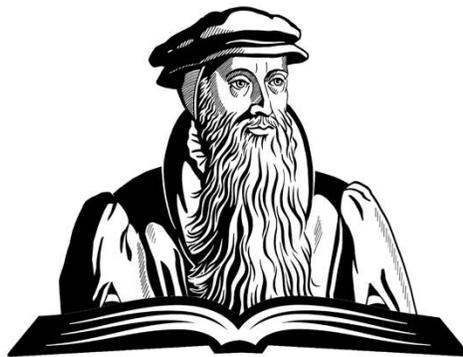


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:
EL CATECISMO MENOR
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 53:
LA ORACIÓN DEL SEÑOR: EL PREFACIO
Pregunta 100



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100**
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

53 LECCIÓN

LA ORACIÓN DEL SEÑOR: EL PREFACIO

P. 100. *¿Qué nos enseña el prefacio de la oración del Señor?*

R. El prefacio de la oración del Señor (que es: «Padre nuestro que estás en los cielos») nos enseña a acercarnos a Dios con toda santa reverencia y confianza, como hijos a un padre, que es capaz y está dispuesto a ayudarnos; y que debemos orar con y por los demás.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 53:

Nuestro Señor Jesús era un hombre de oración. En una ocasión en la que estaba orando, sus discípulos fueron testigos de ello, y eso los llevó a pedirle que les enseñara a orar. Leemos de esto en Lucas 11, versículo 1: «Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar como también Juan enseñó a sus discípulos». En aquella ocasión, así como cuando estaba enseñando en el sermón del monte (capítulo 6 de Mateo), Cristo les enseñó a orar. Y entre otras cosas que les enseñó, les proporcionó de una guía a través de *la oración del Señor*.

Observa cómo comienza su instrucción, en Lucas 11, versículo 2: «Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos». Notarás que antes de hacer cualquier petición, Cristo instruye a sus discípulos a invocar a Dios de una manera muy amorosa y reverente: «Padre nuestro que estás en los cielos». Esto está lleno de ayuda y guía para la oración, como veremos más adelante. Y la pregunta 100, del *Catecismo menor* enfoca nuestra atención en este prefacio.

Observemos la pregunta: «¿Qué nos enseña el prefacio de la oración del Señor?», y la respuesta: «El prefacio de la oración del Señor (que es: "*Padre nuestro que estás en los cielos*") nos enseña a acercarnos a Dios con toda santa reverencia y confianza, como hijos a un padre, que es capaz y está dispuesto a ayudarnos; así como que debemos orar con y por otros».

Notemos esta palabra, «prefacio». Se refiere a algo que va antes de otro asunto. No debemos pensar que carece de importancia. Por el contrario, coloca las bases de lo que seguirá. Recordarás un prefacio anterior, el prefacio a los Diez mandamientos: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre» (Éxodo 20:2). Esta no es para nada una introducción sin importancia. De hecho, no podríamos entender correctamente los Diez mandamientos sin la verdad de lo que expone ese prefacio. Es de gran necesidad e importancia, porque ese prefacio nos recuerda la gracia de Dios. Proporciona el fundamento para toda obediencia verdadera. Pues bien, del mismo modo, este prefacio nos proporciona un fundamento firme para toda verdadera oración, como lo veremos más adelante.

Así que, para nuestra lección, veremos tres puntos: primero, *reverencia en la oración*; segundo, *confianza en la oración*; y tercero, *los hermanos en la oración*.

1. *Reverencia en la oración*

Primero, *reverencia en la oración*. La oración es un gran privilegio. Tanto hombres como mujeres en este mundo se sienten especiales si se les da la oportunidad de reunirse, hablar y expresar sus deseos a alguien que está por encima de ellos, un gobernante, tal vez, una persona famosa, o una persona rica. Cuando eso ocurre, tenemos la tendencia a meditar en nuestros pensamientos y palabras, en lo que diremos, en cómo presentarnos, en lo que vestiremos, y en todas estas cosas, porque nos damos cuenta de que estamos teniendo una oportunidad que es un privilegio.

Ahora, piensa en lo que ocurre en la oración. Recuerda la lección anterior: «La oración es un ofrecimiento de nuestros deseos a Dios». En la oración, no sólo se nos permite, como se muestra en varias partes de la Biblia, sino que además también se nos ordena derramar nuestro corazón al Señor. Todas nuestras preocupaciones, todas nuestras necesidades, toda nuestra confusión, todas nuestras confesiones y nuestro agradecimiento, todo lo que está dentro de nuestro corazón, debemos traerlo al Señor en oración. Esto es, por supuesto, un privilegio en y por sí mismo, que podamos expresar cualquier cosa que nos preocupe, pero es un privilegio mayor cuando nos damos cuenta de a quién expresamos estas cosas: a Dios. Él es el Dios todopoderoso y omnisciente, y es Él quien nos recibe en su presencia. Y, sorprendentemente, nos recibe en su presencia para que Él pueda escucharnos. La respuesta que tenemos ante nosotros nos dice que debemos «acercarnos» a Él. La oración es una estrecha intimidad con Dios; esto, de hecho, es un gran privilegio. Este es el único Dios verdadero. Como recordarás, Él es ese «Espíritu, infinito, eterno, e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad» (pregunta 4). No hay nada como Dios. Nadie en este mundo se compara adecuadamente con Dios. Dios está por encima de nosotros, más allá de nosotros, es majestuoso, los ángeles no cesan de adorarle y Él nos invita a acercarnos a Él. Es verdaderamente un privilegio maravilloso.

Aunque veremos que el creyente tiene un gran estímulo para acercarse a Dios con confianza y seguridad debido a su gracia, esto no cambia el hecho de que el Dios al que nos acercamos,

incluso como creyentes, a través de Cristo, este Dios es lo más glorioso, Él es lo más majestuoso y verdaderamente asombroso. Esto debería humillarnos y hacer que nos acerquemos con reverencia. Esto lo vemos expresado en el mismo prefacio: «Padre nuestro que estás en los cielos». Aquel a quien tenemos el privilegio de llamar Padre está en los cielos. Está en lo más alto del cielo, el lugar santísimo, el que no está hecho con manos como el tabernáculo y el templo; sino que es, el lugar santísimo celestial. Y esto nos recuerda la gloriosa trascendencia de Dios. Él está por encima y más allá de todo lo que existe. Esto se expresa de alguna manera en Eclesiastés, capítulo 5, versículo 2. Se nos exhorta: «No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras». Entendemos un poco de esto, cuando pensamos en un niño pequeño y un adulto. El niño debe honrar al adulto. Incluso si ese niño es el hijo del adulto, su hijo o su hija, el quinto mandamiento sigue diciendo lo mismo, el niño debe honrar a su padre y a su madre. ¿Cuánto más cuando pensamos en nosotros acercándonos a Dios, que no sólo es mejor que nosotros en jerarquía, sino también en esencia, es infinitamente más que nosotros? Es verdaderamente algo asombroso.

En otras palabras, nunca debemos pensar que nos acercamos a alguien que es igual que nosotros. Nunca debemos ser despreocupados o descuidados con Dios en la oración. Él es Dios, es infinito, eterno e inmutable. Es santísimo. Isaías 6 nos recuerda a los ángeles que nunca han pecado y se acercan a Dios. Allí, en los versículos 1 al 3, leemos: «En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria». Pues bien, los ángeles, por gloriosos que sean, por santos que sean, siguen siendo criaturas, infinitamente inferiores a Dios. Y ellos lo saben, reconocen la inmensa gloria de Dios. Y, por lo tanto, aunque no tienen pecado, se cubren por reverencia a Dios. Bien, los hombres también somos criaturas, pero tenemos algo que los ángeles sin pecado no tienen. Tenemos nuestra propia culpa, perversidad y corrupción; y aunque auxiliados por la gracia mediante la fe en Cristo, esto debería humillarnos aún más, y hacer que nos acerquemos con reverencia cuando acudimos a Dios en oración.

Sin embargo, esta es una santa reverencia y una cercanía, como las de un hijo hacia su padre. La reverencia se asemeja a la de los hijos que se acercan a su padre. Esto puede ser difícil de entender para algunas culturas de hoy en día, donde cada vez hay menos autoridad y dignidad en los adultos. Sin embargo, como ya se ha dicho, recordemos el quinto mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre». Aunque debe haber gran alegría y bendición en la relación entre un niño y su padre, debe haber también un temor amoroso y reverente mostrado al padre. No uno que haga al niño temer o asustarse, abrumado por la pena, sino más bien, uno que produzca respeto y honor. Lo mismo ocurre con la oración. Cuando nos acercamos a Dios en oración, incluso como creyentes, debemos acercarnos con amorosa reverencia a nuestro gran Dios. Esto debe gobernar nuestros pensamientos y nuestra manera de hablar. No es que hagamos un espectáculo, sino que, con sinceridad, elevemos nuestros deseos a Dios con reverencia.

2. *Confianza en la oración*

Segundo punto, *confianza en la oración*. La instrucción de Cristo incluye esta gran expresión de confianza: «Padre nuestro». Me doy cuenta de que algunos, tal vez muchos en este mundo, han tenido padres terrenales que han sido poco amorosos, e incluso crueles. Esto es un abuso perverso de una buena relación. El término «padre» se refiere a una relación amorosa en una familia. El padre que está a la cabeza del hogar debe ser también el que ama a los que están en el hogar, el que cuida de ellos, el que provee para ellos, el que los instruye y prepara, el que los nutre. Cuando esto es así, no sólo los hijos honrarán a su padre, sino que los hijos amarán a su padre y se deleitarán en su presencia.

Cuando comprendemos esto, nos damos cuenta de lo que Cristo está diciendo. Nos está enseñando a acercarnos al Padre, no sólo como el Dios que está en el cielo, sino como nuestro Padre en el cielo. Esto expresa una seguridad, una confianza y un consuelo por su misericordia, su amor y su bondad. Esta es la razón por la que el *catecismo* dice que el prefacio nos enseña a «acercarnos a Dios con toda santa reverencia y confianza, como hijos a un padre, que es capaz y está dispuesto a ayudarnos». Cuando nos acercamos a Él con un temor santo, también nos acercamos con una confianza santa; no con presunción, no con descuido, sino con una confianza santa. Observemos, el *catecismo* nos da la comparación, «como hijos a un padre, que es capaz y está dispuesto a ayudarnos». Cuando los hijos están persuadidos de que su padre es capaz y está dispuesto a ayudarles, ellos acuden confiadamente con sus peticiones. Así es como nosotros, por medio de Cristo, debemos acercarnos a Dios.

Ciertamente existe una confianza falsa. Y estar convencidos de que algo sucederá, sólo para decepcionarnos cuando aquello no sucede, produce una gran decepción, e incluso vergüenza. Desgraciadamente, muchas personas en este mundo elevan sus deseos confiadamente, pensando que Dios en el cielo hará todo lo que piden. Pero al final se decepcionan, porque habían fundado su esperanza en un fundamento falso. Entonces, ¿cómo podemos orar con la confianza con que Cristo nos enseña a orar? ¿Cómo podemos estar persuadidos de que Dios es como «un padre, que es capaz y está dispuesto a ayudarnos?».

En primer lugar, viendo su voluntad revelada en las Escrituras como nuestra guía. No oremos simplemente por cualquier cosa. Oremos por aquellas cosas que son de acuerdo con su voluntad. Prestaremos más atención a esto en las siguientes peticiones. Pero recordemos, es Dios quien nos ha llamado a acercarnos a Él en oración. Y esto significa, entonces, que Él quiere que presentemos peticiones ante él. No hacerlo es caer en pecado. Y por eso, una cosa que necesitamos tener en cuenta —si queremos tener la seguridad— es que es Dios quien nos llama a acercarnos a Él. No hacerlo implicaría, de hecho, que estamos pecando.

Pero debemos orar por cosas conformes con su voluntad revelada. Por lo que en 1 Juan capítulo 5, y versículos 14 y 15, leemos, «Y esta es la confianza que tenemos en él, que, si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho». Piénsalo de esta manera. Si nuestro padre terrenal fuera muy rico, y nos dijera que, si alguna vez tuviéramos hambre, incluso como hijos adultos, que acudiéramos a Él y le pidiéramos comida, tendríamos una gran confianza para acercarnos a Él. ¿Por qué tendríamos esa confianza? Porque él ha dicho explícitamente que debemos acudir a él para esas cosas. Esto es lo que sucede cuando escudriñamos las escrituras, y vemos lo que Él ha prometido, y vemos ejemplos de lo que Él

bendice, y esto guía y gobierna nuestras propias peticiones. Cuando escudriñamos la Palabra de Dios y descubrimos su voluntad y su motivación para que oremos, podemos acercarnos a Dios con seguridad. Cuando pedimos las cosas según su voluntad, Él nos escucha.

Una segunda manera de tener confianza en la oración es abrazando la redención que nos ofrece. De hecho, podemos decir esto: no hay confianza en la oración, si no es por la mediación de Jesucristo. Dios se ha acercado a nosotros en la predicación del Evangelio, y nos ha ofrecido el perdón, paz y la salvación mediante la fe en Jesucristo. En verdad, esta es la única garantía sólida de seguridad y confianza en la oración. Esta es la razón por la que a menudo en nuestras oraciones decimos, «en el nombre de Jesús»; o «en el nombre de Cristo»; o «por amor de Cristo». Porque estamos diciendo en nuestras oraciones que es por Cristo, nuestro gran y sumo sacerdote, *el* mediador entre Dios y el hombre, el único a quien se le ha dado un nombre, por el cual debemos ser salvos. Es en Cristo y por Cristo que nos acercamos. Sólo la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. Por eso, cuando nos acercamos a Dios, por medio de Cristo el salvador, tenemos la seguridad de que Dios nos recibe como aquellos que son perdonados y aceptados por medio de su amado Hijo. Así que, Cristo debe ser realmente nuestro centro de atención, como causa de la seguridad ante Dios en la oración.

Una tercera e importante forma de confianza en la oración es disfrutando del ministerio del Espíritu de Dios. Recordemos que los creyentes son adoptados en la familia de Dios. «La adopción es un acto de la libre gracia de Dios, por el cual somos recibidos en el número y tenemos derecho a todos los privilegios de los hijos de Dios» (Pregunta 34). Este es un gran privilegio. La Biblia nos ayuda a entender este gran privilegio, en Gálatas 4, versículos 6 y 7. Pablo da mucho ánimo cuando escribe lo siguiente: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo». Observemos lo que Pablo nos está ayudando a ver. Vuelve a la segunda razón de la seguridad, por Cristo. Pero por medio de Cristo, ya no somos esclavos, sino hijos. Y el ministerio del Espíritu nos ayuda a sujetarnos de ese gran privilegio. El Espíritu Santo trabaja en nosotros para que clamemos a Dios como nuestro Padre por medio de Jesucristo. Así que, notarás que su obra es de acuerdo con la relación que tenemos a través de Cristo. Si somos hijos, entonces somos herederos de Dios por medio de Cristo. Y el Espíritu genera la fe en nosotros, y nos hace creer las promesas de Dios en Cristo. Se nos da una gran motivación para acercarnos a Dios con confianza. Por lo tanto, debemos pedirle: «Bendícenos para que conozcamos el bondadoso ministerio de tu Espíritu. Vivifícanos, vivifícanos, para que invoquemos tu nombre en oración».

3. Los hermanos en la oración

Tercer punto, *los hermanos en la oración*. El *catecismo* muestra algo que fácilmente se nos puede haber pasado por alto. Lo verás al final de la respuesta. El prefacio nos enseña «que debemos orar con y por los demás». Bien, ¿en qué parte del prefacio vemos esto? Está en la palabra «nuestro». Ciertamente, el cristiano puede invocar al Padre como «mi Padre» por medio de Cristo. Sin embargo, Cristo nos está enseñando a recordar algo que es importante. Dios no es sólo el Padre individual del creyente por gracia; es el Padre de todos sus hijos por medio de Jesucristo. Y como nosotros hemos sido salvados por medio de Jesucristo, todos sus hijos son salvos por medio de

Jesucristo. Y compartimos comunión con ellos. Esto significa que, por la gracia de Dios, somos hechos parte de esa familia redimida. Se nos han dado muchos hermanos y hermanas. Dios nos ha hecho parte de su familia. Y así como en una familia terrenal, debemos amar a nuestros hermanos y hermanas, así que, en la familia de Dios debemos amar a nuestros hermanos y hermanas. Y una manera de demostrar este amor es orando con ellos y por ellos. Cuando oramos con ellos, lo correcto para nosotros es que oremos a aquel que es *nuestro* Padre. Y así, cuando nos reunimos con otros, tal vez en el culto público, escucharemos al ministro dirigir la oración. Y él usará esa expresión, «Padre nuestro». Él orará, «nos acercamos a ti», «te pedimos estas cosas» y «te damos gracias por estas cosas». Sus palabras están representando esta verdad. No es sólo él quien se acerca, sino él con sus hermanos y hermanas. Y así, en nuestras familias, cuando otros oran, no es sólo «yo pido» y «esto es lo que necesito y lo que espero». Sino que estamos pidiendo como una familia. Y cuando estamos con otros cristianos, hacemos lo mismo. Cuando estamos orando con otros, oramos juntos a nuestro Padre.

Sin embargo, no siempre estamos con nuestros hermanos y hermanas. Y, por supuesto, hay que ejercitar la fe en la oración en secreto. Debemos recordarlos incluso en los momentos en que estamos solos y orar por ellos. Hay un gran versículo sobre esto al final de Efesios 6, allí en el versículo 18. Pablo exhorta a los cristianos, diciendo: «orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos». Esto debe ser una parte de nuestra oración, que perseveremos delante del trono de la gracia, a favor de nuestros hermanos y hermanas. Esto debe ser una parte regular de nuestra vida de oración: orar por todos los santos.

Y, ciertamente, esto significa que tenemos que orar por los que están cerca de nosotros, por los que conocemos más de cerca: nuestra familia, nuestra congregación y otras personas a las que conocemos bien. Pero también significa que debemos orar incluso por los demás. Hay maneras de conocer sobre los cristianos de otros países y de todo el mundo, que pueden ayudarnos a orar por nuestros hermanos y hermanas, para que Dios, nuestro Padre, se acuerde de ellos y los bendiga. Está bien que oremos sobre cosas personales, y hay muchas cosas, por supuesto, que nos preocupan, por las que necesitamos buscar al Señor. Pero, como Cristo nos enseña, *debemos* orar con y por los demás.

Bien, ahora que nos acercamos a la conclusión, permíteme llamar tu atención sobre una importante lección que nos enseña este prefacio. Y si podemos aplicarla, podemos decirlo así. Si vamos a orar correctamente, debemos hacerlo empezando por Dios mismo. Y por eso es necesario que nos familiaricemos y aprendamos acerca de las necesidades a las que nos enfrentamos nosotros mismos y los demás. Pero si alguna vez vamos a orar correctamente, tenemos que conocer la verdad con respecto a Dios. Primero debemos pensar en el Dios al que nos acercamos. Él es el Dios glorioso del cielo y de la tierra. Esto nos humillará, pero también nos animará. Porque, es el creador del cielo y de la tierra, «Padre nuestro, que estás en los cielos», tiene todo el poder y toda la capacidad. Él es el Dios glorioso que gobierna todo. Y, sin embargo, así como esto nos anima por el hecho de su poder y sabiduría. También cultiva una reverencia correcta y agradable. Esto nos ayuda a acercarnos a Él según su Palabra, porque tan grande y glorioso como lo es Dios, exige que nos acerquemos a Él a través de aquel que es «el camino, la verdad y la vida», recordemos lo que dijo Cristo: «nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn 14, 6). De esta manera, empezamos con Dios, y nos acercamos a Él por medio de Cristo. Dedicamos tiempo a pensar en esto. Habla con tus padres. Habla con tu pastor sobre cómo puedes tener

pensamientos más fieles acerca de Dios. Y, por supuesto, tus padres y tu pastor te orientarán para que estudies la Palabra de Dios, para que aprendas sobre Dios, para que te des cuenta de a quién te estás acercando.

Podemos preguntarnos: «¿muestra reverencia a Dios mientras oro? ¿Paso algún tiempo reflexionando sobre lo que he leído en privado, o en el culto público, o sobre lo que he oído? ¿Y reflexiono sobre esas cosas, y luego me acerco a Dios de una manera preparada? ¿Estoy pidiendo cosas de acuerdo con su palabra? ¿Estoy confiando conscientemente en el Señor Jesucristo, como la razón de mi esperanza?».

Empieza con Dios. Y al hacerlo, por su gracia, Él cultivará esta santa reverencia y esta santa confianza que el prefacio nos enseña a tener. No se trata de desanimarnos. Más bien, al acercarnos a Dios a través de Jesucristo por medio de la fe, encontramos la seguridad de que Dios nos recibe, nos da la bienvenida, es más, nos ordena que nos acerquemos a Él con confianza. Debemos recordar que la verdadera confianza no es algo que fabriquemos o inventemos. La verdadera confianza proviene de una comprensión correcta de la gracia y la misericordia de Dios por medio de Jesucristo. Cuando comprendemos esto, tendremos una verdadera razón para acercarnos a Él con confianza.

Otra cosa para tener en cuenta es que, a medida que avancemos en las preguntas restantes de nuestro *catecismo*, las cuales nos conducen a través del resto de *la oración del Señor*, nos encontraremos con muchos detalles por los que necesitamos orar, deberíamos orar, y debemos orar. Y como esta lección nos ha recordado, asegúrenos de considerar estas peticiones también en relación con nuestros hermanos y hermanas. En otras palabras, no pienses sólo en tus necesidades personales. Piensa también en los hermanos y hermanas de tu congregación. Invocar a Dios como Padre nos recuerda necesariamente que formamos parte de una familia. Esto es algo que te reto a hacer. Empieza esta semana, si no es tu costumbre; empieza esta semana acercándote a otro cristiano y preguntándole: «¿Qué necesidades tienes?».

Y luego escríbelas, y llévaselas a nuestro Padre que está en los cielos. Que el Señor te bendiga cuando lo hagas, mediante la fe en Jesucristo.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.